

# Ormond



MARIA EDGEWORTH

Libros de  
*seda*

# Capítulo 1



—¿Cómo?! ¿Ni música ni baile en el castillo de Hermitage esta noche? ¿Y por qué están todas las damas sentadas en círculo, petrificadas como perfectas estatuas? —exclamó sir Ulick O’Shane al entrar en la sala, entre las diez y las once de la noche.

Iba acompañado por lo que él llamaba su «retaguardia», veteranos de la vieja escuela de buenos camaradas que en Irlanda, en aquellos tiempos (tiempos que quedaban ya muy atrás), estimaban esenciales para la salud, la felicidad y el carácter masculinos el mostrarse capaces de mantenerse en pie tras ingerir un cierto número de botellas de clarete por día o por noche.

—Veamos —prosiguió sir Ulick—. De todas las figuras que existen en la naturaleza o el arte, el círculo es la menos aconsejada para propiciar la conversación y, en lo que a mí respecta, la más incongruente. Todas mis facultades quedan hechizadas; aquí soy como un pájaro en un círculo de tiza, un pájaro que no osa mover siquiera los ojos o la cabeza y que no logra escapar por mucho que lo intente.

Una risita tonta recorrió la parte del círculo donde estaban sentadas las damas más jóvenes. Sir Ulick era su predilecto y se regocijaban cada vez que se unía a ellas, porque, como solían observar, siempre decía algo agradable u organizaba algo divertido.

—Lady O’Shane, por compasión, no nos obligue a seguir soportando estas permanentes disposiciones en círculo en el castillo de Hermitage, querida.

—Sir Ulick, le puedo asegurar —replicó lady O’Shane— que nada me haría más dichosa que poder prescindir de estas «permanentemente

disposiciones», pero, cuando los caballeros se entregan a la botella, desconozco qué otra cosa pueden hacer las damas que no sea permanecer sentadas en círculo.

—¿No pueden bailar, en círculo o de cualquier otro modo? ¿Y acaso no es la música un recurso de lo más elegante? Por lo que sé, muchas de las presentes son perfectamente capaces tanto de danzar como de cantar —alegó sir Ulick—. Por no hablar de jugar a las cartas, para aquellas a las que les agraden.

—A lady Annaly no le gustan las cartas —dijo lady O’Shane— y no puedo pedir a estas señoritas que malgasten su aliento y su talento cantando y bailando antes de que lleguen los caballeros.

—Estoy convencido de que estas jóvenes damas nos estaban haciendo el honor de esperarnos a nosotros, los ancianos, y los jóvenes pretendientes abandonaron la mesa del té hace más de una hora; por lo tanto, el motivo por el que no hayan estado bailando escapa a mi comprensión.

—Se lo pregunto por tercera vez, ¿té o café, sir Ulick O’Shane? —gritó una afilada voz femenina desde la remota mesa del té.

—¿No juraría que esa voz es la de una presbiteriana? —le susurró sir Ulick al cura por encima del hombro. Enseguida alzó la voz y le respondió a la dama—: Es usted atenta por triplicado, pero no, no deseo tomar ni té ni café. Se lo agradezco mucho.

—Por fortuna para usted, señor, pues ambos están fríos como el hielo. Y no es de extrañar —repuso la señorita Black.

—No es de extrañar —repitió lady O’Shane, que le echó un vistazo a su reloj y exhaló un ostentoso suspiro.

—¿Qué hora es, milady? —preguntó la señorita Black—. Tengo la sensación de que se ha hecho muy tarde.

—No importa. En esta casa no vivimos sujetos a horarios, señorita Black —intervino sir Ulick, que se aproximó a la mesa del té y le lanzó una mirada con la que, con toda la nitidez que los ojos pueden transmitir, le decía que estaba mejor callada.

Lady O’Shane siguió a su marido, se le colgó del brazo, comenzó a decirle algo en tono afectuoso y, de un modo de lo más conciliador, continuó hablando con él durante unos instantes. Él parecía ausente y respondió con frialdad.

—Ahora sí le aceptaré una taza de café, señorita Black —terció, al tiempo que retiraba el brazo del de su mujer, que pareció un tanto abochornada—.



Lady O'Shane —añadió después—, llevamos un buen rato aquí de pie hablando solo entre nosotros, como novios, algo muy inapropiado cuando se está en sociedad.

«Como novios». El sonido de esas palabras regaló los oídos de la pobre lady O'Shane, que, por primera vez aquella noche, sonrió. Lady O'Shane era quizá la última mujer de la sala que un extraño se habría aventurado a conjeturar que era la esposa de sir Ulick.

Él era un agradable y galante irlandés de aspecto desinhibido, con un cierto toque en el porte y en el modo de hablar que, a primera vista, podía inducir al común de los observadores a considerarlo vulgar; no obstante, a los cinco minutos un buen conocedor de los hombres y de los modales habría descubierto en él la habilidad de asumir cualquier pose que eligiera, desde el atrevimiento del insensible libertino a la deferencia del experimentado cortesano, así como la capacidad de adaptar su conversación y opiniones a las de su compañía, ya fuera con el objetivo de provocar unas carcajadas o de conquistar el delicado corazón femenino. El influjo de esta última facultad se había visto reducido con la edad, pero no había desaparecido. La fama de sus antiguas conquistas todavía obraba en su favor aunque hacía tiempo que había dejado atrás el espléndido cénit de su gallardía.



Mientras sir Ulick se bebe su taza de café frío, echemos la vista atrás para examinar su historia familiar. Para no extendernos más allá de sus conquistas legítimas, diremos que enamoró, de forma sucesiva, a tres esposas y que logró que cada una de ellas, en su debido momento, se enamorara perdidamente de él. A la primera la amó y se casó con ella, con imprudencia, por amor, a la edad de diecisiete años; a la segunda la admiró y la desposó, con prudencia, por ambición, a los treinta; y a la tercera la odió y a pesar de ello la convirtió en su mujer, por necesidad de dinero, a los cuarenta y cinco.

La primera esposa, la señorita Annaly, después de diez años soportando el martirio de su corazón sucumbió sin descendencia, víctima, según se dijo, del amor y los celos.

La segunda esposa, lady Theodosia, luchó con tenacidad por imponerse, respaldada por sus fuertes y elevados lazos de parentesco. Además, gozaba de la ventaja de ser madre, y madre de un hijo único y heredero, el sucesor de un padre cuya pasión dominante era entonces la ambición.



Lady Theodosia se mantuvo firme en sus posiciones y peleó y batalló a lo largo de un matrimonio que duró catorce años, hasta que, por fin, para gran alivio, por no decir júbilo, de sir Ulick unas malas fiebres o un peor boticario la llevaron a la tumba.

Su actual esposa, la antigua señora Scraggs, una viuda londinense poseedora de una cuantiosa fortuna, conoció por casualidad a sir Ulick cuando este fue a dar un discurso o a arreglar algún asunto entre los Gobiernos de Inglaterra e Irlanda. Por aquel entonces, sir Ulick se encontraba en pleno duelo y la viuda se compadeció muchísimo de él. Ella jamás hubiera sospechado ser un tipo de mujer que pudiera gustarle: era una dama de estrictas costumbres, severa con los horarios y que con frecuencia aleccionaba de manera gratuita a los hombres jóvenes. Teniendo en cuenta que sir Ulick era un pecador, ¿cómo podía conquistar a una santa? Y sin embargo lo hizo —aunque la santa no lo conquistó a él— y ella se propuso trabajar por el bien de su alma. También relajó la suya propia y se amoldó a los gustos de él, incluso usando colorete, polvos de perla, cabello y cejas postizos y todas las falsificaciones que los afeites pudieran proporcionarle. Pero adquirir toda la juventud que la edad puede comprar con dinero no le sirvió de nada. La viuda Scraggs, con sus ojos apagados, podría haber seguido pensando en vano en sir Ulick por los siglos de los siglos, pero entonces, por suerte para su pasión, de repente y de forma simultánea ocurrió que el ministro irlandés fue depuesto y que un canal irlandés reventó. Sir Ulick perdió su cargo por el cambio de ministerio y la mitad de su fortuna por el canal en el que esta se hundió. Y, como se había gastado la otra mitad en vivir de modo espléndido, se vio en la más absoluta miseria y recurrió a la viuda Scraggs. Tras nueve días de cortejo la convirtió en su esposa y ella y sus cuantiosas acciones (si bien no sus propiedades, sus tierras ni su casa, en Kent) pasaron a manos de sir Ulick O'Shane.

Dado que para ella el amor prevalecía sobre todas las cosas, acompañó a sir Ulick a Irlanda. En una etapa ya avanzada de su vida, se vio conducida a un país nuevo e instalada entre gentes por las que, día tras día, le habían enseñado a albergar desprecio o aversión. Sentía un miedo cerval por los altercados irlandeses y aún más por la suciedad irlandesa; estaba convencida de que nada que no fuera inglés podía ser correcto, bueno o refinado. Sus hábitos y gustos eran fijos e inmutables. Su experiencia se había limitado a la vida londinense, hasta tal punto era reducida su esfera de observación que tenía un temperamento intolerante. No admitía las

diferencias de opinión, de costumbres o de situación; mucho menos los defectos y manías de gente que para ella era extraña y extranjera, de manera que, en su nueva situación, las posibilidades de que su señoría agradara o experimentara agrado eran muy reducidas. Su esposo era el único individuo, la única cosa animada o inanimada, que apreciaba de Irlanda. Pese a estar enamorada por completo de un irlandés, detestaba Irlanda y a los irlandeses y era impermeable a sus talentos y virtudes. A sus vecinos les repelía su actitud de taciturna autosuficiencia y ella, por su parte, declaraba que se habría sentido satisfecha viviendo sola con sir Ulick en el castillo de Hermitage.

Sir Ulick, empero, no tenía intención alguna de vivir solo con ella ni con ninguna otra persona. Todos sus hábitos giraban alrededor de la vida social y la hospitalidad, le encantaba relacionarse y estar en compañía. Se había pasado la existencia recibiendo a personas de todos los rangos en el castillo de Hermitage, desde su excelencia el lord teniente y el comandante en jefe del momento hasta Tim el aduanero y el honesto Tom Kelly, el vago. Según sostenía, los principales deberes de un hombre eran la necesidad de sostener una comunidad y el mantener su interés en el condado. Al parecer, sir Ulick no hallaba más motivación que el hospitalario deseo de ver el castillo de Hermitage convertido en un escenario de celebración constante. Sin embargo, bajo ese bienintencionado compañerismo y una aparente irreflexión y profusión mantenía la vista fija en su propio interés y poseía una aguda visión para el incremento de su fortuna y el progreso de su familia. Con estos hábitos y opiniones, era poco probable que se rindiera a los gustos románticos, celosos o económicos de su nueva esposa, una dama diez años mayor que él.

Así, lady O'Shane, poco después de su llegada a Irlanda, se vio obligada a ver su casa llena de tanta gente como era capaz de albergar y a sufrir la eterna condena de hacerles los honores a sucesivas tropas de amigos de quienes no sabía nada y de los que le desagradaba todo lo que veía u oía. Su querido sir Ulick estaba, o parecía estar, tan absorto en el oficio de agradar, tan ocupado con sus invitados, que su señoría apenas podía disfrutar de su compañía unos pocos minutos al día. Se veía a sí misma rodeada de mujeres jóvenes, bellas y alegres a quienes sir Ulick dedicaba sus asiduas y galantes atenciones y, aunque su edad y el hecho de ser un hombre casado parecieran excluir, en opinión de un espectador frío o indiferente, cualquier idea de una verdadera razón para la suspicacia, no era así para la desbordante imaginación de la pobre lady O'Shane. El demonio de los celos

la torturaba. Y, por si esto no le provocara ya bastante sufrimiento, estaba obligada a ocultar esos celos si no quería que se convirtieran en objeto de chanza privada o de escarnio público. La peculiar desgracia o castigo de las pasiones no correspondidas, y aún más si son intempestivas, es que sus fatigas no encuentran comprensión alguna: si bien para el sufridor la pasión y todas sus consecuencias son trágicas, para el espectador cualquier tipo de exhibición resulta ridícula. Lady O'Shane no podía ser joven ni deseaba ser mayor: así pues, sin los encantos de la juventud ni la dignidad de la edad, no tenía la capacidad de inspirar amor o de exigir respeto y tampoco podía encontrar sano pasatiempo o diversión ni consuelo ni refugio en ninguna compañía de ninguna clase social.

Por desgracia, y debido a que carecía de criterio, pues su juicio estaba cegado por los celos, las dos personas que de entre todos sus familiares había elegido como principales destinatarias de su miedo y de su odio eran precisamente aquellas que estaban más predispuestas a compadecerla y entablar amistad con ella, a ayudarla en privado con sir Ulick y a tratarla con deferencia en público. Estas dos personas eran lady Annaly y su hija.

Lady Annaly era una pariente lejana de la primera esposa de sir Ulick, durante cuya vida se habían dado ciertas circunstancias que habían suscitado la indignación de su señoría para con él. A lo largo de muchos años, todo intercambio social entre ellos se había interrumpido. Lady Annaly era una mujer de generosa indignación, fuertes principios y cálidos afectos. Su rango, su eminente parentela, su elevado carácter y el haberse consagrado, desde el momento en que se había convertido en una joven y hermosa viuda, a la educación y los intereses de sus hijos; el haber perseverado en su noble camino, por encima de las numerosas tentaciones de amor, vanidad o ambición que la habían asaltado; la prolongada y sólida administración de una extensa propiedad durante los años en que su hijo había sido menor de edad; su subsiguiente y airosa renuncia al poder; el afecto, gratitud y deferencia de este hijo hacia su madre, que continuaba prolongando su influencia y ejemplificaba sus preceptos en cada uno de sus actos: todo esto situaba a esta dama en un lugar muy elevado en la consideración pública, en el puesto más alto al que podía aspirar un individuo en un país donde el entusiasta apego nacional siempre se ve estimulado por ciertas nobles cualidades que congenian con la naturaleza irlandesa.

Sir Ulick O'Shane, sensible a la desventaja de haber descuidado tal vínculo familiar y perfectamente capaz de apreciar el valor de su amistad, había

puesto a lo largo de los últimos años especial cuidado en redimirse a ojos de lady Annaly. La conducta de él, ayudada, instigada y encubierta como estaba por sus modales desinhibidos, difícilmente hubiera prosperado de no haber estado respaldada por algunas considerables buenas cualidades, en especial por el candor innato y la generosidad de su temperamento. En pro de su indudable gusto por la virtud, que había sobrevivido a todos sus errores, algunas de sus múltiples transgresiones podían ser perdonadas: había mucha esperanza y propósito de enmienda. Además, él había apaciguado a la madre de un modo al que esta no pudo resistirse: la entusiasta admiración por la hija. Así, lady Annaly había accedido a volver a visitar el castillo de Hermitage. Su señoría y su hija se encontraban ahora de visita de reconciliación y sir Ulick estaba ansioso por hacer que la estancia les resultara agradable.

Además del crédito de su amistad, tenía otras razones para desear reconciliarse con ella: su hijo Marcus acababa de cumplir los veinte años, dos más que la señorita Annaly, y sir Ulick pensaba que, con el tiempo, podrían emparejarse. Sin duda, su hijo no podía aspirar a nada mejor: belleza, fortuna y alta alcurnia, todo lo que los corazones de jóvenes y ancianos desean. Además (en las maquinaciones de sir Ulick, la palabra «además» aparecía con frecuencia), el hermano de la señorita Annaly no disponía de la misma fortaleza corporal que mental, pues dos enfermedades les habían hecho perder las esperanzas y una tercera podía acabar llevándoselo por delante, con lo que la propiedad pasaría a la señorita Annaly. Por otro lado, sir Ulick tenía con los Annaly una deuda considerable, que seguía acumulando intereses, desde la época de su primer matrimonio. Y, en caso de que llegara a suceder que la señorita Annaly contrajera matrimonio con su hijo, esa deuda se diluiría en su dote.

Todo esto estaba bien calculado, aunque, sin entrar en el carácter o los afectos del hijo, sir Ulick se había olvidado de tomar en consideración a lady O'Shane o tal vez había dado por descontado que su amor por él la induciría de inmediato a aceptar y secundar sus opiniones. Pero eso no sucedió. Más bien al contrario: la antipatía que había sentido lady O'Shane tanto por la madre como a la hija desde el momento en que las vio —por la hija, de manera instintiva, al ver su juventud y belleza; por la madre, tras cierta reflexión, debido a su matriarcal vestido y su porte majestuoso, que contrastaban de forma muy evidente con su emperifollada apariencia— se incrementaba día tras día y hora tras hora al ver las atenciones y la adoración que sir Ulick le profesaba a la señorita Annaly y la deferencia y el



respeto que mostraba por lady Annaly, todo en homenaje a cualidades y virtudes de las que lady O'Shane sabía que carecía sin remedio.

Sir Ulick creyó poder apagar sus celos compartiendo con ella sus opiniones sobre la señorita Annaly y su hijo, pero estos, al tomar una nueva dirección, cobraron impulso. A lady O'Shane no le agradaba su hijastro; de hecho, no tenía ninguna buena razón para que le agradara, pues a Marcus no le gustaba ella y no se tomaba la más mínima molestia en ocultarlo. La dama temía el incremento de poder doméstico y de influencia que el joven obtendría por medio de ese matrimonio y no soportaba la idea de tener en casa a una nuera que la pondría en la perpetua posición de que la compararan con ella.

Sir Ulick O'Shane era consciente de que su matrimonio lo exponía, en parte, a que lo ridiculizaran, pero hasta entonces, excepto cuando su gusto por las chanzas y su inclinación a divertirse estimulando los celos infundados de su esposa interferían con su propósito, siempre había tratado a su señoría como él consideraba que debía ser tratada. De hecho, bondadoso por naturaleza y acostumbrado a mostrarse atento con el sexo opuesto, había mantenido las apariencias mejor de lo que se habría podido esperar de un hombre de sus antiguos hábitos ante una mujer de la edad actual de su señoría; no obstante, si ahora ella se interponía en su plan favorito, todo aquello acabaría.

Hasta ese momento, el sometimiento de su esposa a la voluntad de él había sido una prueba suficiente y conveniente, y la única que deseaba, de su amor. Pero ahora el mal carácter de su señoría, encarnado en la señorita Black, su humilde dama de compañía, la instigaba con ahínco a mostrarse reacia. La señorita Black había susurrado con frecuencia que si lady O'Shane mostrara mayor espíritu le iría mucho mejor con sir Ulick; que su difunta esposa, lady Theodosia, lo había gobernado mostrando el suficiente carácter; y, en particular, que debía plantarse ante las usurpaciones del hijo de Ulick, Marcus, y de su amigo y compañero, el joven Ormond. Como consecuencia de estas sugerencias, lady O'Shane, con mucho criterio, había desbaratado los planes de ambos jóvenes en pequeñas cuestiones sin importancia hasta que acabó por convertirse en el objeto de la aversión de ambos, una aversión que en Marcus era mayor de lo que expresaba y que Ormond expresaba con mayor intensidad de la que sentía.

Para sir Ulick su hijo y heredero era su primer gran objetivo en la vida; pese a ello, y aunque en todas las cuestiones anteponía el interés de su vástago, el afecto que sentía por este no era comparable al que le tenía

al joven Ormond. Este era hijo del amigo de juventud, un oficial que había servido en el mismo regimiento que él en su primera campaña, compañero de los días que con mayor estima recordaba sir Ulick. El capitán Ormond consumó un matrimonio desafortunado —es decir, un matrimonio sin fortuna— y sus amigos les dieron la espalda tanto a él como a su esposa. Muy pronto acabó endeudado y afligido, y se vio obligado a dejar a su esposa y marcharse a la India. Después de su partida, ella, asistida por una partera, dio a luz a un niño en una cabaña irlandesa y poco después murió. Sir Ulick O'Shane se llevó al niño, que se había quedado con la partera, a su propia casa y desde los cuatro años el pequeño Harry Ormond se ganó su afecto y se convirtió, con el tiempo, en su favorito.

No obstante, el cariño de sir Ulick no se había extendido a la preocupación por su educación, más bien al contrario. Había hecho todo lo que estaba en su mano por malcriarlo a través de la más imprudente indulgencia y desatendió cualquier tipo de instrucción o disciplina. Marcus había sido enviado a la escuela y a la universidad, pero a Harry Ormond, mientras tanto, se le había permitido corretear por la casa como un salvaje: el guardabosques, el cazador y un primo de sir Ulick, que se hacía llamar «el Rey de las islas Negras», habían sido los principales responsables de su educación. Durante muchos años no se supo nada de su padre y sir Ulick siempre alegaba que no servía de nada darle a Harry Ormond la educación de un caballero hacendado cuando era muy improbable que acabara teniendo una hacienda. Incluso profetizó que Harry Ormond se convertiría en el más inteligente de los dos y, durante la evolución de ambos muchachos hacia la madurez, sir Ulick había mostrado una extraña forma de doble e inconsistente vanidad por los conocimientos adquiridos por su hijo y el ingenio innato del huérfano Harry. El temperamento de Harry, cariñoso, generoso y agradecido en extremo, fascinaba a sir Ulick, pero se enorgullecía en grado sumo del superior refinamiento de su propio hijo. Harry Ormond había crecido con todos los defectos propios de sus naturales y arrebatadas pasiones, que eran los que se podían esperar de su educación descuidada y deficiente. Su ferviente gratitud y apego a su padre tutor, como llamaba a sir Ulick, lo hacían susceptible de amoldarse con facilidad, incluso en el apogeo y la tempestad de sus pasiones, a los deseos de sir Ulick; no obstante, era ingobernable para la gran mayoría de la gente, grosero incluso hasta la insolencia cuando percibía tiranía o sospechaba mezquindad. La señorita Black y él estaban siempre en guerra abierta; a lady O'Shane se sometía, aunque de mala gana, si bien en

todas las ocasiones en que se agraviaba a Marcus y este declinaba oponerse a su madrastra se enfrentaba a ella con la mayor fiereza e imprudencia.

En la presente ocasión, los dos jóvenes se hallaban en una cena con la que celebraban el cumpleaños del señor Cornelius O'Shane, el Rey de las islas Negras, quien, tras sir Ulick, era la persona a quien Harry Ormond más agradecido estaba y por la que sentía mayor apego. Este se había presentado ante lady O'Shane y le había pedido que, dado que a ella el día del baile le era indiferente, no se fijara en aquella fecha, pero su señoría, con toda intención, había convertido el asunto en una prueba de fuerza y había insistido en que regresaran a una determinada hora. Sabía que sir Ulick, en esta ocasión en la que estaban implicadas las Annaly, se enojaría mucho por su falta de puntualidad, aunque, en general, esta fuera una virtud por la que no mostraba ningún respeto.



Sir Ulick se había terminado su taza de café.

—Señorita Black, encárguese de que retiren las cosas del té, que se lleven todo esto —ordenó—. Jóvenes damas, ya saben: mejor tarde que nunca. Bailemos; despejen la pista para dar paso a la acción.

Las señoritas se levantaron de sus asientos de inmediato. Todo se puso en feliz movimiento. Los sirvientes respondieron con presteza: los enseres del té fueron recogidos a toda prisa, las mesas apartadas, las sillas relegadas al fondo; las puertas correderas de la sala de baile se abrieron de par en par; las arañas del techo, adornadas con pirámides de velas (pues en aquella época todavía no existían las lámparas de Argand) se iluminaron, y los músicos tocaron, afinando, atornillando y raspando, a pesar de la disonancia, alegres notas de preparación.

—Pero ¿dónde está mi hijo? ¿Dónde está Marcus? —preguntó sir Ulick a lady O'Shane, a la que había apartado a un lado—. No lo veo por ninguna parte.

—No —respondió lady O'Shane—. Como sabe, hoy ha ido a cenar con ese extraño primo suyo y ni él ni sus acompañantes han considerado oportuno regresar todavía.

—Me habría gustado que me lo hubiera indicado de algún modo, lady O'Shane —dijo sir Ulick— y habría esperado. Debería ser él el que empezara el baile con la señorita Annaly.

—Así es, debería —replicó lady O’Shane—, pero esa regla no se aplica a la conducta de los jóvenes caballeros. Les dije a ambos que esta noche se celebraría un baile. Mencioné la hora y les pedí que fueran puntuales.

—Los jóvenes nunca son puntuales —repuso sir Ulick—, pero esta noche, estando aquí las Annaly, el comportamiento de Marcus me parece inexcusable.

Sir Ulick meditó unos instantes con cara de enfado y luego se volvió hacia los músicos, que se encontraban detrás de él.

—Escúchenme los veinticuatro violinistas situados en hilera: caballeros músicos, les ruego que sigan afinando un poco más. Recuerden, no estarán listos hasta que yo me ponga los guantes. Rompan una cuerda o dos si fuera necesario.

—Así lo haremos, excelencia.

—Me habría gustado, lady O’Shane —repitió sir Ulick en un tono más bajo—, me habría gustado que me lo hubiera indicado de algún modo.

—A decir verdad, sir Ulick, he de admitir que, por la forma en que caminaba y se comportaba, he dado por hecho que no estaba en condiciones de captar ninguna indicación que pudiera darle.

—Pamplinas, querida. Después de conocerme, por no decir amarme, durante todo un año, ¿cómo puedes dejarte engañar así por las apariencias? ¿No sabes que detesto beber? Cuando tengo que entretener a estos amigos, electores del condado, los merecidos narices rojas, tengo que adaptarme a la compañía fingiendo que bebo, pero lo hago sin tragar, pues detestaría que vieran cómo me tambaleo.

Aquello era cierto. Sir Ulick tenía la habilidad, que a menudo ponía en práctica, de fingir a la perfección todos y cada uno de los diferentes grados de embriaguez. Era capaz de interpretar el ascenso, declive y caída de un hombre borracho, siguiendo todo el proceso desde las primeras e incipientes vacilaciones de la razón a la gloriosa confusión de ideas en el máximo estado de «elevación» y de ahí, a través de todos los decadentes casos de embrutecida y beoda ineptitud, hasta llegar al estado horizontal propio de la pluscuamperfecta intoxicación.

—La verdad, sir Ulick, es tan buen actor que no puedo juzgarle. Con usted raras veces consigo averiguar la verdad.

—Mejor para usted, querida. ¡Si usted supiera! —respondió sir Ulick, riendo.

—¿Si yo supiera? —exclamó su señoría con cara de susto.

—Olvidelo. Esa no es la cuestión que nos ocupa en este momento, querida.

Sir Ulick prolongó el intervalo previo a la apertura del baile todo lo que pudo, pero fue en vano: los dos jóvenes no aparecieron. Se puso los guantes y de inmediato se descubrió que las cuerdas rotas de los violines se habían reparado. El propio sir Ulick inició el baile con la señorita Annaly tras una profusa disculpa en nombre de su hijo, como correspondía en un caso como aquel, disculpa que fue recibida por la joven dama con una amabilidad de lo más elegante.

Ella declinó bailar más de un baile y sir Ulick se sentó entre ella y lady Annaly y empleó todo su sentido del humor para distraerlas a costa de su primo, el Rey de las islas Negras, cuyos tediosos embarcación, clarete o, más probablemente, ponche al *whisky* habían sido, con toda seguridad, los causantes de la ausencia de Marcus.

Eran ya cerca de las doce. Lady O'Shane, que había hecho muchas y muy molestas reflexiones sobre la conducta irrespetuosa de los jóvenes caballeros, empezó a inquietarse por otra cuestión. Les había dejado las puertas abiertas, pero ¡debían cerrarlas con llave! Había altercados en el país.

—¡Bobadas! —desestimó sir Ulick.

En ese momento, dos sirvientes recibieron indicaciones opuestas en puertas opuestas:

—Dempsey, di que no es necesario echar la llave hasta que los jóvenes caballeros regresen a casa o al menos hasta la una —ordenó sir Ulick.

—Stone —mandó lady O'Shane a su propio hombre en voz muy baja—, baja de inmediato, comprueba que las puertas estén bien cerradas y tráeme las llaves.

Dempsey, un irlandés que estaba medio borracho, se olvidó de ocuparse o de decir algo al respecto. Stone, que era inglés, obedeció al instante las órdenes de su señora y dispuso que se cerraran las puertas y que se entregaran las llaves a lady O'Shane, que las depositó enseguida en su mesa de trabajo.

Media hora después, mientras la dama estaba sentada de espaldas a la puerta de cristal del invernadero, que daba a la sala de baile, se sobresaltó al oír unos perentorios golpecitos en el cristal que tenía detrás. Se volvió y vio al joven Ormond pálido como la muerte y manchado de sangre.

—¡Las llaves de las puertas, rápido! —le gritó—. ¡Por lo que más quiera!

## Capítulo 2



Lady O'Shane, atemorizada hasta el extremo, apenas tuvo fuerzas para levantarse. Abrió el cajón de la mesa e introdujo una mano temblorosa hasta el fondo de la bolsa de seda en la que habían caído las llaves. Impaciente por la demora, Ormond empujó la puerta, agarró las llaves y desapareció. Todo sucedió en pocos segundos. La música ahogó el ruido de la puerta al abrirse y el de las dos sillas que Ormond había derribado.

Quienes estaban sentados cerca creyeron que había entrado un sirviente para luego marcharse; no obstante, pese a la rapidez del movimiento, la señorita Annaly, que se hallaba sentada en el otro extremo de la sala, observó toda la escena. Lady Annaly se acababa de retirar y junto a la joven se hallaba sir Ulick, que hablaba con mucha seriedad.

—¡Cielo santo! ¿Qué sucede? —exclamó él, que se detuvo en mitad de una frase al ver que la señorita Annaly empalidecía de manera repentina. Tenía los ojos clavados en la puerta del invernadero y los de él apuntaron en esa dirección—. Sí —asintió—, podemos salir por allí a tomar un poco de aire. Apóyese en mí.

La joven hizo lo que se le pedía y él se abrió paso a través de la multitud situada al fondo de un baile campestre. Mientras cruzaba, se topó con lady O'Shane y la señorita Black, que iban a su encuentro con expresión horrorizada.

—¿Sir Ulick, ha visto —inquirió lady O'Shane señalando en dirección a la puerta—, ha visto al señor Ormond? Tenía sangre.

—Sin duda, se trata de alguna fechoría —apuntó la señorita Black—. Una pelea. Con el señor Marcus, quizá.

—¡Tonterías! Seguro que no es nada de eso. Ya verá —negó sir Ulick, que, mientras seguía avanzando, le propinó un empujón deliberado a un sirviente que sostenía una bandeja con hielos, lo que provocó que esta se volteara. Y, mientras los invitados que los rodeaban se ocupaban de sus ropas, sus miedos y sus disculpas, él prosiguió hasta llegar al invernadero con lady O'Shane colgada de uno de los brazos, la señorita Annaly apoyada en el otro y la señorita Black siguiéndolos y repitiendo:

—Alguna fechoría. Alguna fechoría. Ya verá, señor.

—Señorita Black, abra la puerta y no diga ni una palabra más.

Rodeó a la señorita Annaly y, en el momento en que la puerta estuvo abierta, arrastró a lady O'Shane detrás de él y obligó a retroceder a la señorita Black cuando esta intentó seguirlos. Sin embargo, al recordar que, si la dejaba al margen, podía difundir la historia de la fechoría, tiró de ella hacia el invernadero, cerró la puerta con llave y acompañó a la señorita Annaly a que tomara un poco de aire.

—¡Traiga las sales! ¡Agua! Lo que sea, señorita Black. Sígame, lady O'Shane.

—¡Si apenas puedo! ¡Yo, su esposa! Sir Ulick, podría... —protestó lady O'Shane, que parecía estar a punto de desplomarse—. Podría... Debería haber pensado...

—No hay tiempo para esas cavilaciones, querida —la interrumpió él. Y a la señorita Annaly—: Siéntese en los escalones. Aquí. Ya se encuentra mejor. Y ahora, ¿qué es todo esto?

—Yo no puedo hablar —repuso la señorita Black.

Lady O'Shane empezó a relatar cómo había irrumpido el señor Harry Ormond, cubierto de sangre, y se había apoderado de las llaves de las puertas.

—¡Las llaves! —Pero no había tiempo para aquellas cavilaciones—. ¿Hacia dónde ha ido?

—No lo sé. Le he dado las llaves de ambas puertas.

Las dos entradas se encontraban a una milla de distancia la una de la otra. Sir Ulick se puso a buscar huellas de pisadas en la hierba. Hacía una noche muy agradable y la luz de la luna lo iluminaba todo. Vio unos pasos que conducían a la casa del jardinero.

—Quédense aquí, señoras. Volveré con noticias lo antes posible.

—Por aquí, sir Ulick. Ya vienen —intervino la señorita Annaly, que había recobrado la presencia de ánimo.

Varias personas aparecieron desde detrás de unos matorrales. Llevaban a alguien en una carretilla. Había un caballero a lomos de un caballo, acompañado de un sirviente y de muchos sujetos a pie.

Sir Ulick se apresuró a acercarse a ellos. El jinete espoleó su caballo para ir a su encuentro.

—¡Marcus! ¿Eres tú? ¡Gracias a Dios! Pero ¿y Ormond? ¿Dónde está? ¿Y qué ha sucedido?

Los primeros sonidos que salieron de la boca de Marcus cuando intentó responder dejaron muy claro que no estaba en condiciones de proporcionar una exposición racional de nada. Le seguía su sirviente, que también se encontraba en serio estado de embriaguez. Mientras sir Ulick, inmóvil, atendía a sus fútiles intentos de explicarse, la gente que llevaba al hombre en la carretilla se aproximó. Ormond surgió de entre ellos.

—Llevadlo a la casa del jardinero —les ordenó. Les indicó el camino y se adelantó hasta donde estaba sir Ulick—: Si muere, me convertiré en un asesino.

—¿Quién es? —preguntó sir Ulick.

—Moriarty Carroll, excelencia —respondieron varias voces al unísono.

—¿Y cómo ha sucedido?

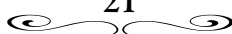
—En resumidas cuentas, señor —respondió Marcus con toda la claridad de la que fue capaz—, el tipo estaba siendo insolente y le paramos los pies. Y, si me viera en la misma situación, con mucho gusto volvería a hacerlo.

—No, no, Marcus. No dirás eso cuando vuelvas a ser tú mismo —se opuso Ormond—. ¡Oh! Ha sido espantoso recobrar los sentidos de golpe, como me ha sucedido a mí, justo después de disparar la descarga fatal, tras ver al pobre tipo tambalearse y caer...

—Entonces, has sido tú el que le ha disparado —interrumpió sir Ulick.

—Sí. ¡Oh, sí! —respondió, golpeándose la frente—. Lo he hecho llevado por la furia de la pasión.

Y Ormond, haciendo recaer toda la culpa sobre sí mismo y dejando muy claro era el único responsable de lo acontecido, ofreció su versión de los hechos.





Habían bebido demasiado en casa del señor Cornelius O’Shane. Regresaban de las islas Negras cabalgando a todo galope, puesto que temían llegar tarde, cuando, en un estrechamiento del camino, se vieron obligados a detenerse debido a la presencia de unos carruajes. Impacientes por el retraso, empezaron a increpar a los hombres que los conducían y a insistir en que se apartaran lo antes posible. Moriarty Carroll respondió, según Marcus, con insolencia. Al preguntar por la identidad del caballero y oír que era un Carroll, dijo que los Carroll eran mala gente, rebeldes. Moriarty lo retó a que lo demostrara y añadió algunas expresiones sobre la tiranía que enfurecieron a Ormond. Este no hizo constar esta parte de la provocación, sino que se limitó a relatar que se había dejado llevar por un arrebató a raíz de una observación de Moriarty. En un principio levantó el látigo para atizarle al tipo, pero Moriarty lo agarró al vuelo y trató de arrebatárselo de la mano. Entonces Ormond extrajo una pistola de su funda y amenazó a Moriarty con dispararle si no soltaba el látigo. Moriarty, que también se encontraba fuera de sí, forcejeó sin desasirlo. Entonces Ormond lo apuntó con el arma y, antes de que quisiera darse cuenta, la pistola se disparó de manera accidental y la bala penetró en el pecho de Moriarty. Todo aquello había sucedido a un cuarto de milla del castillo de Hermitage. El pobre diablo sangraba con profusión y, al ayudar a subirlo a la carretilla, Ormond se había cubierto de sangre.

—¿Habéis mandado a buscar un cirujano? —preguntó sir Ulick con frialdad.

—Por supuesto. Envié de inmediato a un tipo con mi propio caballo. Señor, ¿tendría la bondad de acompañarme a la casa del jardinero? Quiero que lo vea y que me diga lo que piensa. Si muere, me convertiré en un asesino.

Aquella horrible idea se había apoderado de tal manera de su imaginación que no fue capaz de responder o escuchar ninguna de las sucesivas preguntas que le formularon lady O’Shane y la señorita Black y, tras observarlas en silencio durante unos instantes con la mirada perdida, echó a andar a toda prisa. Cuando pasó por delante del invernadero, se detuvo un momento al ver a la señorita Annaly, que seguía allí sentada.

—¿Qué sucede? —preguntó en un tono de suma compasión, aproximándose a ella. Pero recuperó la compostura y emprendió de nuevo su acelerado camino.

—Dado que no puedo ser de utilidad... Es decir, a menos que pueda ser de utilidad —comenzó la señorita Annaly—, debería... Ahora que me siento bien..., será mejor que regrese. Mi madre se estará preguntando qué ha sido de mí.

—Sir Ulick, deme las llaves del invernadero para permitir que la señorita Annaly vuelva al salón de baile.

—Imagino que la señorita Annaly no desea seguir bailando esta noche —supuso sir Ulick.

—¿Bailar? ¡Oh, no!

—Entonces, para no llamar la atención, será mejor que entren todas ustedes por la puerta de atrás de la casa. La señorita Annaly puede utilizar las escaleras posteriores para subir hasta la habitación de lady Annaly sin encontrarse con nadie. Y usted, lady O'Shane —añadió, bajando la voz—, ordene que suban la cena y no haga ninguna alusión a lo acontecido. Señorita Black, ya ha oído mis deseos, nada de murmuraciones.



Para acceder a la puerta posterior del castillo tuvieron que pasar por delante de la casa del jardinero. El cirujano acababa de llegar.

—Sigan adelante, señoras, se lo ruego —las exhortó sir Ulick—. ¿Qué las detiene?

—He sido yo la que se ha detenido, sir Ulick —dijo lady O'Shane—. Deseo tener unas palabras con el cirujano. Si descubre que ese hombre está en grave peligro, por lo que más quiera, no permita que muera en la casa de nuestro jardinero. De hecho, opino que el traerlo aquí ha sido una decisión muy desacertada y una intrusión por parte del señor Ormond. Provocará que todo el asunto se haga público, y la gente de los alrededores es muy vengativa; si le sucediera algo, se desquitarán con toda nuestra familia y con usted en particular.

—¡Eso es absurdo, querida! No hay peligro alguno.

No obstante, esta idea se apoderó de lady O'Shane y le pareció motivo suficiente para desalojar a aquel hombre incluso esa misma noche y preguntó si no podían llevarlo a su propia casa, con su gente. Uno de los hombres que habían portado la carretilla, y que en ese momento se encontraba de pie delante de la casa del jardinero, observó que la «gente» de Moriarty vivía a cinco millas de allí.

Apenas fue informado de lo que lady O'Shane estaba diciendo, Ormond, que había entrado en la casa para ver al herido, salió. En el momento en que reapareció, ella repetía sus palabras. Siendo un hombre, por naturaleza, de temperamento impulsivo y al encontrarse en un estado de máxima incertidumbre e irritación, Ormond estalló, olvidándose por completo de mostrar el debido respeto. La señorita Black, que estaba diciendo algo para corroborar la opinión de lady O'Shane, fue la primera a la que atacó; la acusó de ser una hipócrita insensible y falsa. Luego se volvió hacia lady O'Shane y sentenció que podía despachar a aquel hombre moribundo si así lo deseaba, pero que, en caso de que lo hiciera, él también se marcharía y nunca más, mientras siguiera con vida, volvería a poner pie en la casa de su señoría.

Ormond formuló esta amenaza con la actitud de superioridad de quien se dirige a un inferior, olvidadas su situación de dependencia y las terribles circunstancias en las que se encontraba en aquel momento.

—Estás borracho, mi querido Harry Ormond. No sabes lo que dices —se interpuso sir Ulick.

Al escuchar su voz y ante la amabilidad de su entonación, Ormond se recompuso.

—Discúlpeme —dijo en un tono afable—. Sin duda no tengo la cabeza... ¡Oh! Ojalá no sienta jamás lo que yo he sentido en esta última hora. Si este hombre muere... ¡No quiero ni pensarlo...!

—No morirá, no morirá, espero. En cualquier caso, no hables tan alto si no quieres que te oiga todo el mundo. Mi querida lady O'Shane, le concedo que este joven insensato, este Ormond, es un bribón lamentable, pero deberá tener paciencia con él. Hágalo por mí. Deje que este pobre diablo herido se quede aquí. No haré que se lo lleven esta noche. Por la mañana decidiremos lo que hay que hacer. Harry te has comportado de una manera muy inapropiada con lady O'Shane. En cuanto a este tipo, no hagas una debacle de todo el asunto. Me atrevería a decir que se las arreglará bastante bien. Veremos qué dice el cirujano. Al principio me he asustado mucho, pensé que Marcus y tú os habíais peleado. Señorita Annaly, ¿no le asusta quedarse fuera? Lady O'Shane, ¿por qué retiene a la señorita Annaly? Haga que suban la cena de inmediato.

—¡La cena! Sí, todo prosigue como de costumbre —se lamentó Ormond—, mientras que yo...

—Yo también debo entrar, ver cómo se desarrolla todo y, por tu bien, evitar los chismorreos —explicó sir Ulick tras una breve pausa—. Te has metido en un buen aprieto. Siento una infinita compasión por ti, yo mismo soy muy impulsivo. Envíame al cirujano cuando haya visto al tipo. Confía en mí: si al final tuviéramos que enfrentarnos a la peor de las situaciones, haré todo lo que esté en mi poder por ayudarte —prometió sir Ulick—. De manera que mantén la moral bien alta, hijo; en el peor de los casos, se tratará solo de homicidio involuntario.

Ormond estrechó la mano de sir Ulick y le dio las gracias por su amabilidad, pero repitió:

—Será asesinato, será asesinato. Me lo dice mi propia conciencia. Si muere, entrégueme a la justicia.

—Antes de mañana verás las cosas desde una perspectiva mejor —prometió sir Ulick al dejar a Ormond.



El cirujano le proporcionó escaso consuelo. Una vez extraída la bala y tras examinar la herida sacudió la cabeza: su opinión sobre el caso no era buena; cuando Ormond lo llevó a un aparte y lo interrogó de forma más exhaustiva, le confesó que creía que el hombre no sobreviviría y que no le sorprendería que falleciera antes del amanecer. El cirujano tuvo que marcharse para atender a otro paciente y Ormond se volvió hacia el resto de las personas que esperaban fuera de la habitación y declaró que sería él quien se quedaría junto a lecho de Moriarty.



Le esperaba una noche terrible. A sus ojos alarmados e inexpertos, el peligro parecía aún mayor de lo que realmente era y en varias ocasiones creyó que el paciente había expirado, cuando en realidad estaba desfallecido por la pérdida de sangre. Los momentos en los que estaba ocupado asistiéndolo eran los menos dolorosos. Sin embargo, cuando no tenía nada que hacer, cuando disponía de tiempo para pensar, era cuando más desdichado se sentía. Era entonces cuando advertía la agonía de la incertidumbre y el horror de los remordimientos, hasta que esta sensación desaparecía y se quedaba sentado, inmóvil y entontecido, hasta que

algún gemido del pobre hombre o un delirante inicio lo sacaba de nuevo de esta suspensión de pensamiento y sentimiento.

Cerca del amanecer el herido yacía más tranquilo y, cuando Ormond se inclinó hacia delante para comprobar si estaba dormido, Moriarty abrió los ojos, los fijó en él y dijo de manera entrecortada, pero con la suficiente claridad como para que se le entendiera:

—No se preocupe tanto por alguien como yo... Me pondré bien, ya verá... Y, aunque no fuera así..., nunca he demandado a un amigo..., no presentaré cargos contra usted..., así que puede estar tranquilo..., porque es usted una buena persona... y la pistola se le disparó por accidente. Estoy convencido de que no hubo malicia..., consuélase con eso. Podría haberle sucedido a cualquier hombre, cuánto más a un caballero... No se lo tome tan a pecho... Quién me iba a decir a mí que el señor Harry pasaría la noche aquí, a mi lado. ¡Oh! Si fuera a echarse en la otra cama, señor..., sería mucho más sencillo y estoy seguro de que yo también podría dormir un poco... Mientras que ahora, teniéndolo aquí delante, no puedo pegar ojo pensando en usted, señor Harry.

Ormond se tumbó de inmediato en la otra cama para aliviar los pensamientos de Moriarty. La bondad y la generosidad de aquel pobre hombre incrementaron sus intensos remordimientos. En cuanto a lo de dormir, para él fue imposible. Cada vez que sus ideas empezaban a sumirse en esa especie de confusión que precede al sueño, de repente sentía como una embestida o una punzada en el corazón y, asaltado por el recuerdo del terrible suceso, se despertaba aterrorizado y con un fuerte sentimiento de culpa. Moriarty, ahora, yacía en completo silencio e inmóvil y, al no oírlo respirar, le sobrevino el temor de que hubiera exhalado su último aliento. Un temblor frío se apoderó de él: se incorporó en la cama y, con tremenda angustia, aguzó el oído. Para su alivio, por fin, oyó con toda claridad que el herido respiraba con vigor y después (jamás había escuchado una música tan placentera para sus oídos) resollaba como si estuviera dormido.



Poco después la luz del alba despuntó y se oyó el canto de un gallo; Ormond temió que pudiera despertarlo, pero el pobre hombre dormía a pierna suelta a pesar de todos estos acostumbrados sonidos y las sábanas

que cubrían su pecho siguieron subiendo y bajando con ininterrumpida regularidad. El jardinero y su esposa abrieron con sumo cuidado la puerta de la habitación para preguntar cómo iban las cosas; Ormond les señaló la cama y ellos asintieron, sonrieron y le indicaron con gestos que saliera, pues tenían miedo de debatir el asunto en la habitación con el paciente dormido.

Los bondadosos habitantes de la casa, que conocían a Ormond desde que era un niño y que sentían un profundo afecto por él, como toda la pobre gente de la comunidad, le transmitieron todo lo que se les pasó por la cabeza para consolarlo ante semejante ocasión y le reiteraron cerca de cien veces sus predicciones: que en un par de semanas Moriarty se habría recuperado por completo.

—Sin duda, este sueño reparador no puede sino hacerle bien.

Entonces, al darse cuenta de que Ormond los escuchaba sin prestarles demasiada atención, la esposa le susurró al marido:

—Vamos a trabajar, Johnny. Quizá desee estar solo. Todavía no se encuentra lo bastante tranquilo para escuchar nuestra charla. Es el cirujano quien debe darle esperanzas, confío en que llegará muy pronto.

Ambos se dirigieron a sus quehaceres y dejaron a Ormond de pie en el porche. Hacía una mañana agradable: los pájaros cantaban y el olor a madreSelva que inundaba el porche, impulsado por la brisa matutina, invadió los sentidos del joven y lo embebió de melancolía.

«Todo en la naturaleza rebosa felicidad menos yo. Todas las cosas de este mundo siguen igual que ayer; para mí, sin embargo, todo ha cambiado, en apenas unas horas, por culpa de mi insensatez, de mi locura». Mientras el perro de la casa, que le lamía la mano, captaba su atención y la vista se le iba a la gallina y los pollitos, que se alimentaban frente a la puerta, pensó: «Todos los animales son felices e inocentes. Pero, si este hombre muere, yo me convertiré en un asesino».

Aquel pensamiento, que le asaltaba de manera recurrente, lo oprimía de tal manera que se quedó inmóvil hasta que la voz de sir Ulick O'Shane lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Y bien, Harry Ormond? ¿Cómo te encuentras, muchacho? El tipo está vivo, espero.

—Sí, gracias a Dios; está vivo y dormido.

—¡Cuánto me alegro! Habría sido un asunto feo, aunque te habríamos apoyado en todo. Como bien sabes, daría lo que fuera por ti, como si

fueras mi propio hijo. Pero lady O'Shane... —Sir Ulick cambió el tono y, con cara de suma preocupación, añadió—: Tengo que hablar contigo sobre ella. Y, puesto que hay que decirlo, será mejor que lo haga ahora.

—Me temo —dijo Ormond— que anoche hablé muy a la ligera. Le ruego me disculpe.

—No, no. Yo no tengo nada que ver con esto. Puedes hacer lo que quieras conmigo; siempre has podido, desde que tenías cuatro años. Pero ya sabes que, cuanto más amo a alguien, más lo odia lady O'Shane. El caso es que —prosiguió sir Ulick, frotándose los ojos— ha sido una noche agotadora. Mi esposa se ha pasado todo el tiempo llorándome y gimiéndome al oído. Dice que te animo a comportarte con insolencia y no sé cuántas cosas más. En resumen, que no puede soportar que sigas viviendo en esta casa. Sospecho que la Avinagrada —sir Ulick, entre sus íntimos, siempre se refería a la señorita Black de ese modo— la ha estado instigando. Pero no pienso abandonar a mi chico. Me mostraré inflexible. Las separaciones son un dislate, al igual que los matrimonios, pero prefiero separarme de lady O'Shane de inmediato antes que permitir que Harry Ormond piense que he renegado de él, en especial en tan delicadas circunstancias.

—Eso es algo, sir Ulick, que Harry Ormond nunca pensaría de usted. Sería lo más vil, lo más discutible y lo más desagradecido... Pero no deberíamos hablar tan alto —prosiguió bajando la voz— o despertaremos a Moriarty.

Sir Ulick lo alejó de la puerta, pues, en aquel momento, Ormond estaba lo bastante calmado como para demostrar sentido común.

—Mi querido padre tutor, si me permite seguir llamándole así —continuó Harry—, créame, su amabilidad es inconmensurable. En este momento pesan sobre mí tantos ejemplos de su afecto que apenas soy capaz de expresarme. Pero puede estar seguro de que lo último que me viene a la mente es dudar de su estima: confío, por lo tanto, en que me haga usted la misma justicia y no me suponga jamás capaz de ingratitud aunque haya llegado el momento de separarnos.

A Ormond le costó muchísimo pronunciar esta última palabra.

—¿Separarnos? —repitió sir Ulick—. ¡No, por todos los santos y todos los demonios en forma de mujer!

—Estoy decidido —añadió el joven—. He tomado una resolución firme: no deseo ser motivo de infelicidad para quien ha sido para mí

fuente de tanta dicha, nunca. No volveré a ser causa de discusión entre usted y lady O'Shane. ¿Renunciar a ella en lugar de a mí? ¡No lo quiera Dios! ¿Yo, motivo de su separación? Nunca, nunca. La decisión está tomada: sea lo que fuere de mí, no seguiré residiendo en el castillo de Hermitage. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Sir Ulick parecía muy afectado y en un estado de profundo embarazo e indecisión. No podía soportar pensar en ello y se juró a sí mismo que no lo permitiría, pero entonces, de forma gradual, empezó a pensar que quizá no fuera necesario y a proponer paliativos y medias tintas. Debían llevarse a Moriarty ese mismo día, enviarlo con sus amigos. Dijo que era algo que, por el bien de la paz, le había concedido a su señoría y que esperaba que, después de una disculpa apropiada y decorosa por su parte, las cosas con ella quizá todavía pudieran arreglarse y todo podría volver a la normalidad sin muchas dificultades, si es que esa metomentodo de la señorita Black se lo permitía. En suma, se las arregló de tal manera que, mientras afianzaba la decisión del joven de abandonar el castillo de Hermitage, hacía recaer toda la culpa sobre lady O'Shane, logrando que Ormond no dudara jamás de la firmeza de su afecto ni sospechara que tuviera ningún motivo oculto para desear librarse de él.

—Pero ¿adónde irás, mi querido muchacho? ¿Cómo te las arreglarás? ¿Qué será de ti?

—No importa, eso es lo de menos, señor mío. Encontraré los medios. Estoy en perfecto uso de mis capacidades mentales y manuales.

—Mi primo, Cornelius O'Shane, te aprecia casi tanto como yo, no sufre la maldición de tener una esposa y ha sido bendecido con una hija —apuntó sir Ulick con una astuta sonrisa—. ¡Oh, sí! —continuó—. Ahora lo veo todo claro. Posees recursos suficientes. Ya no me opongo. Escribiré... No, será mejor que lo hagas tú, que escribas al rey Corny, pues su majestad te tiene en más estima a ti que a mí. Y ahora me despido. ¡Que Dios te bendiga, hijo mío! —exclamó sir Ulick con afectuoso énfasis—. Recuerda: cuando necesites provisiones, el castillo de Hermitage es tu banco. Como sabes, tengo un banco que me respalda. —Sir Ulick era socio de una entidad bancaria—. El castillo de Hermitage es tu banco y, para empezar, aquí tienes tu asignación trimestral.

Sir Ulick depositó una bolsa con dinero en la mano del muchacho y se marchó.